

# **Un día de domingo**

**Por Carmen Viñolo**

Reparto

EXCURSIONISTA: Hombre de unos treinta-cuarenta años

BAÑISTA: Mujer de unos treinta-cuarenta años

La acción, en una montaña y una playa. Época actual. Día.

El escenario está dividido en dos espacios. Uno, que hace las veces de una playa. El otro, que simula el monte.

### EMPIEZA LA ACCIÓN

Entra el EXCURSIONISTA, vestido con la indumentaria propia de un excursionista y un palo, que utiliza como bastón. Anda algo fatigado, como si acabase de hacer una larga caminata.

EXCURSIONISTA.- (*Exultante.*) ¡Ooooh! ¡Mirad qué belleza! ¡Qué grandeza! ¡Qué naturaleza! ¿Os habéis dado cuenta? La montaña me emociona tanto, que me vuelvo poeta. ¡Qué hermosura! ¡Qué esplendor! ¡Qué verde todo! ¡Qué de maleza! Rosa Mari, niños, escuchad, escuchad atentamente. ¿Oís algo? Sólo el canto de los pajarillos y el revolotear de sus alas. (*Se oye el canto de un pájaro.*) Ése debe ser un estornino. No... es una carraca. ¡Qué lindos los pajarillos! Y qué bien se respira aquí. ¿Lo notáis? Expirad, expirad hondo. Aprovechad, que luego volvemos a la ciudad, y allí no hay quien respire. Poco falta para que acabemos llevando bombonas de oxígeno colgadas a la espalda. Y una armadura tampoco iría mal. Con tanto coche, tanta moto y tanta mala follá, cruzar la calle se ha convertido en una misión de alto riesgo. Y qué mal huele la ciudad. Huele como a .... Como a mierda, ¿no? En fin, Rosa Mari, me callo, que luego

me echas la bronca, porque no paro de despotricar, cuando aquí hemos venido a pasarlo bien, a desconectar y a disfrutar del domingo. *(Breve pausa.)* ¡Qué belleza!

*El EXCURSIONISTA sigue absorto, contemplando la naturaleza. Su parte del escenario se oscurece, permaneciendo en penumbra, mientras las luces se encienden en la parte de la playa. La iluminación se irá alternando de este modo, según recite uno u otro. Entra la mujer. Lleva una bolsa grande de playa con numerosos objetos propios de un día de playa y una esterilla en la mano. Deja ambas cosas en el suelo.*

BAÑISTA.- *(A grito pelado, dirigiéndose a la cuarta pared.)* ¡Paco! ¡Paco! ¡José Miguel! ¡José Miguel! ¡Niño! Sí, tú. ¡Avisa al señor que tienes al lado! ¡No, a ese no, al otro, al del bañador estampado, de color fosforito! ¡Niño! ¡¿Qué haces?! ¡No te vayas! ¡Paco! ¡Paco!!! Ay, por fin. Que vigiles al niño, que no trague agua, ¿vale? Sí, ya está. *(Con la mano en la frente haciendo las veces de visera.)* ¿Cuántos años tendrá ese bañador? Lo llevaba la primera vez que nos conocimos en esta misma playa. Pero esos colores fosforitos ya estaban pasados de moda a finales de los noventa. *(Reflexionando.)* Debe tener más años... Está descolorido y todo. *(Despreocupada.)* Pero bueno, si a él le gusta... *(Agarra la esterilla, la extiende y se sienta en ella.)* Con toda esa vorágine de consumismo que azota nuestra sociedad, no está mal que alguno se plante y diga: Que no, que no me da la gana, que yo me pongo mi bañador de los ochenta hasta que esté hecho jirones, ea. Ándeme yo fresquito y ríase la gente. Desde luego, ahora que podría relajarme con este solecito tan rico y la visión del mar, ¡ay, qué guapo es!, y mi cabeza dale que te pego, sin dejar de pensar. A veces incluso hablo sola sin darme cuenta. Eso debe ser por mi trabajo, como paso tanto tiempo aislada, metida en ese cubículo acristalado, sin contacto humano apenas, con excepción de los insultos que me sueltan los conductores. ¿Y yo qué culpa tengo de que los parkings sea tan caros? Y encima tengo que estar metida en este metro cuadrado durante ocho horas. ¿Me quejo yo? ¿Les echo la caballería por encima? No, ¿verdad que no? Y motivos no me faltan, porque no tengo donde caerme muerta y tengo una familia a la que alimentar...

*La BAÑISTA sigue murmurando para sí. El EXCURSIONISTA sigue en el mismo estado de éxtasis.*

EXCURSIONISTA.- Ay, qué alegría más grande me has dado esta mañana, Rosa Mari, cuando has saltado a la cama y me has espetado: “¡Nos vamos a la montaña!” Casi me da un vuelco al corazón. No sabes la ilusión que me ha hecho. Y ya era hora, porque en lo que va de verano, hemos ido todos los domingos a la playa. Y eso acaba por cansarle a uno. En la playa no se puede uno relajar. Hay miles, ¡millones! de personas. No hay

sitio donde colocar la toalla y mucho menos la sombrilla. La semana pasada por poco se la clavo en el ombligo de un anciano. Está uno más estrecho que en un nicho adosado. Niños que corren, gritan y se rebozan en la arena. Señoras que cuentan su vida y milagros a voz en grito. Siempre hay el típico gracioso que va sin cuidado y, al pasar por tu lado, te echa arena en la boca, mientras estás tumbado. La gente va medio desnuda. ¡Menudo espectáculo! Entre curvas de la felicidad, grasas acumuladas y siliconas, parecen sacados de la parada de los monstruos.

BAÑISTA.- Ay, qué bien se está así, prácticamente en pelota. En libertad. Tengo que decirle a Paco que la semana que viene podemos ir a esa playa nudista de la que me habló mi hermana Verónica. A ver si consigo quitarle de la cabeza la idea de ir a la montaña. Qué poco me gusta, por Dios. Con tanto mosquito y tanto bicho. La última vez que fuimos llegué a casa hecha un cristo.

EXCURSIONISTA.- Ah, y no nos olvidemos de los que juegan a palas. Tú vas paseando tan tranquilo por la orilla y, cuando menos te lo esperas, hala, un pelotazo en toda la cara y directo a la cruz roja. Además, el agua, de lo caliente que está, es como una olla a presión, parece que se esté cocinando un potaje. En cambio, aquí, en la montaña, ¡qué paz! *(De pronto, se oye el ruido ensordecedor del motor de una motocross, que rodea al EXCURSIONISTA. Éste gira sobre sí mismo, intentando esquivar el vehículo.)* ¡Desgraciado! ¡Como te pille, te mato, majadero! *(Llevándose la mano al pecho.)* Ay, ¿me late el corazón todavía? Casi me muero del susto. ¿Rosa Mari? ¿Niños? ¿Estáis bien? ¿Rosa Mari? *(Los busca.)* Uy, qué raro. Ni rastro de ellos.

BAÑISTA.- ¡Paco! ¡Cuidado con el niño! ¡Que se ahoga! Pues no estaba el tío, embobado, mirando a una jovencita. Se le caía la baba y todo. En fin, déjalo al pobre que disfrute un poco, que las miradas no son infidelidades, que si lo fueran, el matrimonio no tendría razón de ser. *(Escamada.)* Y ahora que sale el tema, ¿por qué me casé yo? No me acuerdo.